

LEÓN FELIPE EL ECCO DEL TRASHU

Es quizá uno de los poetas más leídos. Al menos, antologías de su obra forman parte del inventario de cualquier librería y biblioteca. Y aunque nació en una familia acomodada, prefirió morir en la pobreza, consecuente con su forma de vida. En el siguiente texto, se repasan los años de León Felipe en México, donde murió hace 40 años. **TEXTO: JAVIER GARCÍA-GALIANO**

Las calles de Vizcaynas, Delicias y López, en el centro de la Ciudad de México, a finales de los años treinta y principios de los cuarenta del siglo pasado, empezaron a ser habitadas por españoles que habían tenido que decidirse por el destierro luego del levantamiento del general Francisco Franco contra el gobierno de la Segunda República, la Guerra Civil y el régimen de persecución que produjo. También las tertulias de los cafés que estaban en esas calles, como el Madrid, en López, el Tupinamba, en Bolívar, La Flor de México y el Campoamor, que hacían contraesquina en Venustiano Carranza y Bolívar, comenzaron a animarse con las conversaciones vehementes de esos refugiados españoles que ineludiblemente discutían acerca de una política perdida y de los cuales, durante casi 40 años, se repitió el chiste que aludía a que tenían el dedo índice gastado de tanto pegar en la mesa con él para asegurar con contundencia: "¡Este año cae Franco!".

Aunque habían defendido a la Segunda República y odiaban a Franco, que se hacía llamar "Generalísimo", no todos pensaban igual. Algunos eran

comunistas, otros socialistas, otros anarquistas y otros simples republicanos. No todos eran intelectuales, pues también había abogados, químicos, contadores, economistas, obreros, físicos, comerciantes, ingenieros, biólogos y poetas.

Como suele suceder, también los escritores resultaban muy diversos. José Bergamín, por ejemplo, con su lucidez penetrante que no prescindía de la intuición y el sentimiento, estableció la editorial Séneca, la cual publicó, entre otros libros, *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca, que le había dejado el manuscrito en las oficinas de Cruz y Raya en Madrid poco antes de ser asesinado en Granada, y la "antología de la poesía moderna en lengua española" *Laurel*, cuya elaboración le confió a Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, que escribió el prólogo, Juan Gil Albert y Octavio Paz. Emilio Prados, autor de una poesía sutil e íntima, ajeno a la fastuosidad, hacía las veces de prefecto en el Instituto Luis Vives, fundado asimismo por exiliados republicanos españoles, y, en Málaga, había creado y dirigido la revista *Litoral* con Manuel Altolaguirre,



FOTO: IGNACIO VALDEZ

El escritor Javier García-Galeano, autor de este texto, recorre con **Día Siete** algunos de los lugares, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, donde antaño se reunía "el club de los refugiados", cómo él mismo lo denomina.

1. Cantina El Gallo de Oro en Venustiano Carranza, esquina Bolívar.

UMIANTE



FOTO: MULTIPHOTO

un hombre generoso que le dedicó a Prados su poemario *Las islas invitadas*, que escribió con Luis Buñuel, Juan de la Cabada y Lilia Solano Galeana el argumento y el guión de la película *Subida al cielo*, que estaba casado con la poetisa Concha Méndez, y en cuya casa vivía Luis Cernuda, el cual defendía su soledad con rigor y al que algunos recuerdan en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM como distante y *over-dressed*.

En 1989, cuando se conmemoraron los 50 años de la llegada de los primeros refugiados españoles a México, sin embargo, afuera del edificio de la aduana del puerto de Veracruz se colocó una placa que tenía inscritos algunos de los versos que Pedro Garfías concibió a bordo del *Sinaia* para el poema *Entre España y México*.

España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta
(...)

pueblo libre de México:
como en otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

Garfias era un poeta memorioso e imaginativo que solía recorrer cantinas, como El Gallo de Oro, entrecruzando remembranzas, improvisando teorías, creando versos, declamándolos. En *La librería de Arana*, Otaola lo recuerda en el restaurante El Horreo, frente a la Alameda Central, donde se reunía el grupo Aquelarre, cuando “hurga en sus bolsillos y saca un montón de papeles arrugados. Son facturas inservibles, servilletas, sobres y papel de ínfima calidad que le han servido para escribir sus últimos poemas.

“-Mirad -dice- dónde tengo que escribir mis cosas...”

“Y nos enseña esos papeles engurriñados que han quedado dignificados al sentir el disparo poético de Pedro.

“-Ahora que estoy en vena para escribir no tengo papel ni tengo pluma.

“-¿Que no tienes pluma?

“-Me han regalado varias, pero todas las pierdo.

“-¿Y qué pasó, Pedro, con aquella vieja libreta de tapas de cartón que siempre llevabas contigo para escribir lo que se te iba ocurriendo por las cantinas?

“-Se me perdió. Todo se me pierde. Y lo peor es que voy perdiendo la memoria.

“Eso sí que es grave.

“Es muy grave que Pedro Garfias vaya perdiendo la memoria, esa memoria que tanto verso cuajó sin recurrir a la escritura.

“Casi toda la producción de Pedro Garfias pertenece a la memoria. Pedro nunca escribió sus versos. Pedro, a la hora de escribir, de caligrafiar, no sabe hacer la *o* con un canuto.

“Pedro Garfias escribe como Dios pero tiene una letra del diablo”.

En el destierro

Entre aquellos escritores marcados por el destierro, sin embargo, había uno que parecía representar el ejemplo del “poeta del exilio”. Que se ayudaba de un báculo, una barba y una boina, se comportaba con una gravedad bíblica y que declaraba en un poema:

El filósofo dice: “Pienso... luego existo”.

Yo digo: “Lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo”.

Me refiero a León Felipe, que vivía en la Calle Miguel M. Schultz, en la Colonia San Rafael, donde habían vivido Victoriano Huerta, Julio Torri, Agustín Lazo, los Gorostiza y que se convirtió también en un barrio de refugiados españoles, y frecuentaba la tertulia del Sorrento, en Avenida Juárez, casi enfrente del Hotel Regis, donde se encontraba, entre otros, con el director del teatro Cipriano de Rivas Cherif y la actriz Ofelia Guilmain. Otaola lo recuerda cuando abría con sigilo la puerta de uno de los locales en los que estuvo la librería de Arana, asomándose precavidamente con picardía para preguntar:



FOTOS: IGNACIO VALDEZ



1. Lo que alguna vez fue la Embajada de la República Española.

2. Café Villarias, un punto de encuentro en López, esquina Ayuntamiento.

3. El autor en el Bar Mancera, en Venustiano Carranza 49, entre Bolívar e Isabel la Católica.



UN CLÁSICO

El poeta León Felipe nació en Tábara, Zamora, España, el 11 de abril de 1884 y falleció en la Ciudad de México el 18 de septiembre de 1968. Su nombre verdadero es León Camino Galicia de la Rosa. Su familia vivía cómodamente, gracias a que su padre era notario; él se graduó como farmacéutico y, sin embargo, murió en la pobreza. Escribió 17 poemarios y, actualmente, diversas antologías de su obra pueden conseguirse casi en cualquier librería, donde forman parte del inventario permanente. •

-¿Está Domenchina?

"Inmediatamente entraba lento y gravitante, apoyado en su histórica cayada, sobándose su bien meditada barba de bíblico poeta.

"Su pregunta -no podía faltar- se disparaba automáticamente:

"-¿Cómo estás..? Dime la verdad, ¿eh?, dime la verdad, no me engañes..".

Aunque hizo estudios en farmacia en Madrid por decisión de su padre, a quien un amigo en Santander, al que se encontró en la calle, le dijo que en "Santiago de Compostela hay una universidad que tiene un letrado que dice: 'Padres: mandadme hijos burros; los haré boticarios'", León Felipe quiso ser actor. Admiraba a Shakespeare, de cuyas obras perpetró varias paráfrasis, y formó parte de una compañía de cómicos de la legua que recorría los pueblos de Levante. De su gusto por el teatro quizá procede la afectación dramática que domina su poesía y que suele conmovir de una manera elemental. Quizá de ello proviene asimismo la admiración inmediata de aquellos que han hallado en sus versos un lamento sentido del exilio con alusiones contundentes a la Historia, a la patria perdida, el desencanto y el abandono de Dios, al que se pretende enfrentar retadoramente.

En su biografía *León Felipe, poeta de barro*, Luis Rius considera que su poesía, que se expresa con procedimientos verbales de monólogo dramático, "lo suficientemente explícito y enfático como para poder obtener especial brillo al ser recitados, a la manera que en estos últimos años algunos poetas, como Rafael Alberti en sus *Poemas escénicos*, intentan", tiene asimismo algo de "intención social, a veces hecha a manera de arenga y de arma de lucha, los recursos teatrales: increpación a los oyentes, planteamiento interrogativo de problemas, varias contestaciones a los mismos para, después de superponer unas a otras, proponer una conclusión final y ésta sentenciosa; y lo que implica todo lo anterior: un acento de gran movilidad a lo largo de los poemas, que va del más levantado y exclamativo al más susurrante, de palabras mordidas; todos esos procedimientos de linaje dramático o escénico están en la base misma de la estructura poemática de León Felipe, y cumplieron, desde luego, en aquellos momentos su función de exaltar y conmovir muy directamente a quienes los oyeron recitar al propio

poeta en plazas y teatros durante la guerra, y en escenarios y ateneos en el destierro".

Fue en la cárcel donde León Felipe comenzó a escribir poesía. Como lo confesó en su poema "Escuela":

Viví tres años en la cárcel...
no como prisionero político,
sino como un delincuente vulgar...
comí el rancho de castigo con los ladrones
y grandes asesinos.

Ex boticario

No sin ironía desdeñosa, muchos llamaban a León Felipe *El Boticario* porque había tenido dos boticas, la primera en Santander, con dinero que había conseguido su padre, y la segunda en Valmaseda, que le abrieron su hermana Consuelo y su cuñado Jesús Cadenas. Aunque su madre y sus hermanas Cristina, Salud y María, dependían de él y aunque había tenido que recurrir a un usurero para que le prestara 3 mil pesetas luego de haber perdido en el casino, León Felipe desapareció de pronto de Santander. Estuvo en Barcelona y se enroló con distintas compañías trashumantes de cómicos. "Aquella experiencia", refiere Rius, "que le llevaría a conocer muchos cementerios, a asistir a muchos velorios, a notar una y otra vez la tristeza de la gente de los pueblos de España, vino a desencantarle de su profesión de actor, lo cual no afectó, sin embargo, a su devoción por el teatro". Mientras, en Santander, su madre y sus hermanas vendieron la botica y pagaron las deudas que pudieron, en Madrid, León Felipe fue reconocido y denunciado porque uno de sus acreedores lo había perseguido judicialmente; se trataba del usurero que le había prestado 3 mil pesetas. León Felipe no negó los cargos de desfalco que se le hicieron y fue condenado a tres años de prisión.

Su primer poema, escrito en la cárcel, resuelto en 14 sonetos, fue sobre don Quijote, que había leído también en cautiverio y que se convirtió en una presencia y, como la Biblia, una alusión en su poesía. León Felipe creía que "el poeta, al volver a la Biblia, no hace más que regresar a su antigua palabra", con la cual concibió una de las imágenes más comunes del exilio español en México. •